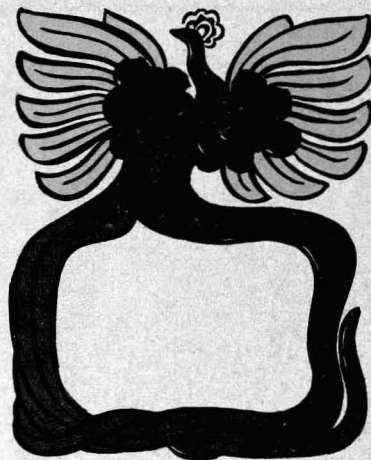


junta de sombras



RUBEN DARIO

Hay poetas previstos, fatales, producto de largos procesos fermentativos que tienen lugar en sociedades ricas y antiguas. Son los que la sociología literaria puede determinar, poner como ejemplo en las lecciones que hablan de tensiones acumuladas que al llegar a un punto de sobresaturación cristalizan inevitablemente. Hay poetas inesperados, comentarios, que súbitamente aparecen en un punto del cielo en el que no se solía detener mucho la vista y lo iluminan todo para sorpresa de los que confían demasiado en las coordenadas culturales. Rubén Darío, aunque único como todo gran poeta, podría situarse, con satisfacción de los pedagogos rotuladores y pincharranas, en la clase de los comentarios. Que Dante Alighieri naciese en Florencia a fines del siglo XIII no debe asombrar. Fue la cúspide de una pirámide tremenda hecha de incontables piedras, muchas anónimas y oscuras. Que Darío naciese en Nicaragua a fines del XIX está en otro orden de cosas. Se subraya su viaje a Chile como el momento de la iluminación, pero es indudable que su primera formación, la más pura, la más radical, tuvo lugar en Centroamérica. Ciertamente es que no se originó de la nada, que había allí un clima literario, pero nunca tan denso como lo hubieran exigido los historiadores deterministas para un poeta de su grandeza. El hecho es que uno de los más grandes poetas de habla española nació precisamente en una pequeña ciudad de Nicaragua. Estas son las sorpresas que perturban a los que pretenden hacer una ciencia de la literatura. Los factores externos, las condiciones ambientales, las leyes inexorables, se vienen abajo de pronto, inesperada, estrepitosamente. Hay en Darío, como en Poe, un misterio carismático, y son muchas las teorías que se urden para esclarecerlo.

Puede razonarse que en Darío culminó una ancha y antigua tradición de poesía en español. Se señalan precursores, se observa el hecho de que la oleada renovadora que vino a llamarse modernismo se levantó en muchos puntos a la vez sin acuerdo previo. Darío será el centro, la síntesis. Visto así, pertenece tanto a América como a España. En él confluyen muchas sangres, muchas culturas. Fue americano, español, francés, indio, griego. En él se cumplía cabalmente el crisol cósmico del que más tarde hablará Vasconcelos. Desde sus primeros versos, Darío buscó la unidad de todo lo español. Su amor a Cervantes es una tierna, profunda constante a lo largo de su vida y de su obra. Y no es gratuito que se acerque al más universal de los poetas españoles. Su afán de universalidad crece más cuanto más se entrega al mundo. Primero fue la Unión Centroamericana, después la gran síntesis de Bolívar, más tarde lo que se llamó "hispanismo" y han venido a corromper los que, como Maeztu, soñaban en revivir momias imperiales. Para lo que buscaba Darío habría que hallarle nombre apropiado.

Los propuestos hasta ahora son falsos o feos. Porque Darío quería la unidad de los pueblos que hablan español, pero iba más allá, a una lejana utopía de profunda unidad humana. En ese aspecto, no tendría mucho sentido querer clasificar a Darío en términos nacionales o continentales.

No se sabe qué admirar más en Darío: su mágica maestría de la lengua, la música y el color de la palabra; o su limpia, angustiada y enorme generosidad humana. Y en esto es hermano de Cervantes. Y en esto se debe insistir: no basta ser un gran escritor. Podrá haber maravillosas intuiciones poéticas, solitarios remanidos de íntima búsqueda, pero sólo irradian luz aquellos poetas que quieren y saben transparentar su amor al otro. Hubiera sido fácil encastillarse en la torre de marfil de los últimos románticos, despreciar como Gautier o hacerse un orfebre frío y egoísta al modo parnasiano. Darío, en vez, nunca pudo reprimir un verso heroico, un gesto de rebeldía.

El Darío que cantó la libertad, esa libertad que, desde niño, fue para él llama, razón, amor, podría hoy abrir los ojos y horrorizarse al columbrar el paisaje en torno; podría empezar por su propio solar nicaragüense y proseguir hasta alcanzar buena parte del globo. Analizada por los críticos duros de corazón, científicos, su imagen de la libertad fue retórica y volteriana. Darío cantó la libertad, la paz, el progreso, la razón, todas las quimeras que hoy se conviene en despreciar como liberalismo trasnochado e inoperante. Sutilezas. Los que cantan o maldicen la libertad saben muy bien que la palabra no es tan ambigua como se pretende hacerla. Darío partió de sus vivencias, de los problemas que le angustiaron en su tiempo, pero les dio valor absoluto, los hizo poéticos e intemporales. De ahí que puedan ser hoy tan efectivos como hace cincuenta años.

*Casas de cincuenta pisos,
servidumbre de color
millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos
¡y dolor, dolor, dolor!*

A Rubén Darío puede recordársele de innumerables modos. Fue un grandísimo poeta y fue también el definidor más fecundo y vital del modernismo. Hizo con el verso juegos malabares como muy pocos han podido hacerlo en español. Hizo, más que una escuela, una revolución en la lengua y la literatura española, y una revolución capaz de afirmarse en otros grandes poetas que nacieron a su soplo. Pero es mejor que se deje todo ello a los especialistas. Baste recordar ahora esa gran bondad, ese generoso afán de Darío por la unión y la libertad de todos los hombres.

ARTURO SOUTO ALABARCE